

y aquí lo ven ustedes nuevamente. Ha entrado en este camarote al mismo tiempo que ustedes. Tengo, pues, razón en decir que esta ave es mi genio tutelar. El día en que, en vísperas de una batalla, no lo vea, haré mi testamento, porque el siguiente habrá de ser el último de mi vida... Mas, perdonen ustedes por haberlos entretenido con tales desvarios. Ya sabe usted, señora, que los marinos somos supersticiosos; mi querida avecilla constituye para mí una superstición, y en adelante creeré en ella más que nunca.

—¿Y nunca se ha colocado en el hombro de ninguna otra persona, no siendo usted?—pregunté a Nelson.

—Nunca.

—¿Ni se ha dejado coger por otra mano que no fuese la suya?

—Jamás... Con todo, si usted lo probase...

Alargué la mano. El pajarillo se dejó coger. No sé por qué, me sentía muy complacida de tener algo de común con el héroe.

Solté el pájaro, que fué a posarse encima del hombro de Nelson.

—¡Ah! señora, pruébelo. Vuestra Majestad también.

La Reina alargó la mano, pero el papafigo dió un grito, y, arrancando el vuelo con dirección a la ventana, desapareció.

Nelson me estrechó la mano, a cuya demostración correspondí estrechando la suya.

Este incidente, en el que luego pensé frecuentemente, nos distrajo unos instantes de la iniciada visita al barco. Contando los agujeros abiertos por los proyectiles enemigos en el *Van-Guard*, no se concebía que el buque no se hubiese ido a pique.

Era la una. En el regreso a Nápoles debíamos emplear a lo menos dos horas y media. Después teníamos que asistir al *Te Deum*. Sir Guillermo, que había encargado una comida digna de Apicio, advirtió al Rey que, si continuábamos por más tiempo a bordo del *Van-Guard* encontraríamos fritos y requemados los manjares.

El rey Fernando era muy sensible a esa clase de observaciones; cambió dos

palabras con la Reina, la que invitó a Nelson a pasar a la galera capitana.

El almirante Caracciolo, que hacía los honores de la galera, se situó al pie de la escalera del *Van-Guard*; recibió, primeramente, al Rey, a la Reina y a mí; después, al príncipe real y a su hermana; luego, vinieron los ministros, los embajadores, los jefes de alta graduación, todos, en fin, los que habían venido en la galera capitana, y además Nelson.

Los cumplidos entre ambos almirantes fueron breves y ceremoniosos. Por otra parte, Caracciolo no hablaba el inglés mejor ni peor que Nelson el italiano. Se limitó a felicitarle por el combate de las bocas del Nilo.

Nelson acogió el cumplido con un saludo y una sonrisa.

La flotilla puso proa a Nápoles. Caracciolo tomó la dirección de la nave. La Reina hizo sentar a Nelson entre ella y yo.

Al divisar de los fuertes que la flotilla se destacaba del *Van-Guard* con rumbo a Nápoles, empezaron a disparar los cañones y a tañer las campanas con sus más alegres repiqueteos.

En el momento de poner Nelson el pie en la cubierta de la galera, la música, a una señal de Cimarosa, interpretó el *God save the King*, magnífico canto encargado, como se sabe, por Luis XIV a Lully en honor de Jacobo II, desterrado a San Germán en Laye.

Nelson, simple hijo de un pastor anglicano de Burnham-Thorpe, que no había jamás pisado la corte ni hablado con un rey, estaba trastornado, casi enloquecido. Mis ojos, que no se cuidaban de ocultarle el interés nacido en mí, acababan de turbar su espíritu.

Aquel regreso a Nápoles recordaba la ansiedad, cuando entraba vencedor en Atenas Milcíades o Temístocles.

Las exclamaciones, los vítores, los hurras de la multitud se confundían con el estampido del cañón y el repique de las campanas. Nápoles entera duplicó, quintuplicó los inmensos rumores que en las ocasiones solemnes son la expresión de la alegría o de la cólera

de aquellos quinientos mil habitantes. Resentido aún de su última herida, dos o tres veces palideció su semblante y pudo creerse que se sentía indispuerto.

Antes de dejar la galera capitana, a ruegos de la Reina, invité al almirante Caracciolo a tomar parte en la fiesta que dábamos a su colega inglés el almirante Nelson; pero, sea por lo que fuese, Caracciolo no aceptó la invitación, pretextando que su presencia era necesaria en el puerto, para vigilar personalmente por la seguridad de los buques ingleses, a los que una posible tormenta podría poner en serio apuro, dado el estado en que muchos de ellos se encontraban de resultas del reciente combate.

Buena o mala, acepté esta explicación; pero, como su hermana y su sobrina estaban invitadas al baile que debía seguir a la comida, le dije que, a lo menos, esperaba tener el placer de su compañía, a lo que cortésmente, pero con frialdad, el almirante respondió que hacía tres días que su hermana se encontraba tan delicada de salud, que no le era posible salir de casa, y que, con gran pesar, no podía aceptar mi invitación.

La primera excusa, la había yo recibido serenamente y con la sonrisa en los labios; pero a la segunda negativa, no pude reprimir un movimiento de desagrado.

La Reina lo observó y se acercó a nosotros.

—El príncipe Caracciolo—dijo,—es demasiado galante para haberte dado una contestación descortés, querida Emma; y, sin embargo, tu semblante revela que tienes alguna queja suya.

En vez de justificarse, el almirante me dió tiempo de tomar la palabra.

—No, señora—dije yo;—no es del almirante de quien estoy quejosa: es de la fatalidad.

—Ya sabes, querida Emma, que no me gustan los enigmas; así que, te ruego te expliques—añadió, con el acento indicativo en ella de una tormenta en formación.

—Sin duda, señora, la fatalidad nos priva del placer de recibir a Su Exce-

lencia, porque el tiempo, aunque sereno y tranquilo ahora, amenaza borrasca para esta noche. Y no supone menos fatalidad el hecho de que la hermana del señor almirante se haya sentido indispuerta el mismo día en que ha recibido nuestra invitación, tan seriamente que le es imposible salir de casa; lo cual obliga a la encantadora Cecilia, hija amante, a permanecer junto a su madre. Así que, debido a esta doble fatalidad, las fiestas que se van a celebrar en honor de un almirante vencedor de los franceses, transcurrirán sin que nosotros tengamos a nuestro lado, para mejor cumplimentarle, ni un solo miembro de la ilustre familia del almirante Caracciolo, y sin que el propio almirante pueda, en nombre de la marina napolitana, brindar en honor de la marina inglesa.

La Reina se puso muy pálida y frunció el entrecejo.

—¡Tenga usted cuidado, señor almirante!—dijo;—los que encuentren excusas, buenas o malas, para no asistir a las fiestas de la embajadora de Inglaterra, no serán invitados a las que dará la reina de Nápoles.

—Señora—respondió Caracciolo, sin inmutarse,—la indisposición de mi pobre hermana se ha manifestado de un modo tan alarmante, que, aunque esas fiestas durasen un mes, tengo la seguridad de que no podría concurrir a ellas.

El Rey se impacientaba, ignorando el motivo de esta prolongada conversación con su almirante; y Nelson, viendo el rubor de mi cara y la palidez de la Reina, se acercó a nosotras un tanto alarmado.

La Reina, para eludir una explicación a Nelson, que se hubiera podido sentir mortificado, y evitarme a mí una humillación, que hubiese podido restarme consideración a sus ojos, me llevó consigo con resuelto ademán, diciendo:

—¡Ven, Emma, ven! la salud de la hermana del Príncipe nos interesa en tal grado, que diariamente mandaremos a preguntar por su estado, mientras dure su enfermedad.

—Es una atención que agradecerá

tanto más—dijo el Príncipe,—cuanto verá en ella un favor de Vuestra Majestad, favor que ignora cómo pudo merecerlo.

El almirante pronunció estas palabras tan cortésmente, que la Reina, no sabiendo qué replicar, se alejó.

La seguí con lágrimas en los ojos y el corazón traspasado de dolor.

En medio de mi triunfo, oía una voz que me decía: «¡Favorita de la Reina! ¡milady Hamilton! ¡acuérdate del lecho de Apolo y del barrio de Haymarket!»

No se esperaba más que a la Reina para desembarcar. Apoyada en su brazo, en vez de apoyarse ella en el mío, lo cual era signo de la más alta distinción, atravesé con la cabeza baja por entre las hileras de cortesanos envidiosos de mi situación en la corte. ¡Llevaba la sonrisa en los labios y la muerte en el alma!

Nunca había odiado; nunca había pensado vengarme de nadie; pero, a partir de aquel momento, sentí el odio y el deseo de la venganza.

Por fin, desembarcamos. Los coches de la casa real y de la embajada aguardaban frente al arsenal.

El almirante Nelson tomó asiento en el primero con el Rey, la Reina y yo; el Príncipe heredero y la Princesa real, en el segundo, junto con sir Guillermo. Los demás carruajes fueron ocupados indistintamente por el resto de la comitiva, no sin suscitarse ligeras discusiones por razones de etiqueta.

Los cocheros tenían orden de dirigirse a la iglesia de Santa Clara, en la que debía cantar el *Te Deum* el cardenal arzobispo de Nápoles, monseñor Capeu Zurlo, acompañado del cardenal Fabrizio Ruffo, de quien ya he tenido ocasión de hablar, y que, sin sospecharlo él ni nadie, debía desempeñar en época no lejana, tan importante papel en la política.

Pero la orden de encaminarse a la iglesia de Santa Clara, era más fácil de darse que de ser cumplida, a causa de la enorme muchedumbre que invadía la vía pública, interceptando materialmente el tránsito rodado.

Empleamos más de una hora en llegar a la iglesia de Santa Clara. El *Te Deum* duró media y en el regreso unas tres cuartos de hora. Al fin, llegamos al palacio de la embajada de Inglaterra.

El inmenso pórtico del palacio Caplabrito había sido transformado en un arco de triunfo, de cada uno de cuyos lados se levantaban mástiles con banderas que ostentaban el nombre de Nelson. Hasta el primer piso, la escalera ofrecía literalmente el aspecto de una bóveda de flores y laureles.

En la galería de los cuadros se sirvió una comida de ochenta cubiertos. A los postres, los ciento veinte profesores de San Carlos interpretaron el *God save the King*, cuyas estrofas entonó una voz maravillosa.

Una de estas se había escrito en honor de Nelson.

Decía así:

Join we great Nelson's name,  
First on the rolls of fame,  
Him let us sing.

Spread we his fame around,  
Honor of British ground,  
Who made Nile's shore resound.  
God save the King!

Se comprenderá fácilmente el entusiasmo con que se acogió esta estrofa. El Rey, la Reina, el Príncipe real y todos los convidados la escucharon en pie, y los gritos de: «¡Viva Nelson! ¡viva el vencedor del Nilo! ¡viva el salvador de Italia!» salieron con entusiasmo de todos los labios.

El incienso de tantas alabanzas debía forzosamente embriagarme. Instigada por la Reina, casi autorizada por la actitud en cierto modo indiferente de sir Guillermo, nada opuse para resistir, para evitar una nueva caída. Ninguna mujer en mi puesto hubiese tenido fuerza bastante para salir triunfante de la tentación.

Se ha dicho que yo me había entregado desde un principio. Es una de las tantas calumnias que se me han lanzado. Desgraciadamente, el pasado estaba lejos, no podía defenderme contra la maledicencia. Lo cierto es que

pasaron más de seis meses después que dejé entender, con una carta a Nelson, que me sentía dispuesta a corresponder a su amor.

Y en prueba de lo que digo, voy a transcribir la siguiente carta de Nelson.

Lleva la fecha de 24 de octubre de 1798, un mes después de su entrada en Nápoles; su contenido demostrará que en aquella época no existía absolutamente nada entre nosotros.

«*Van-Guard*, of Malte.

«Querida señora: Hemos llegado después de una larga travesía. Todo está aquí como yo tenía previsto. Los ministros de Nápoles no saben absolutamente nada de la situación en que se encuentra esta isla. El marqués de Nizza me dice que están muy faltos de municiones, de armas, de víveres, en fin, de socorros. Ignora si hay oficiales napolitanos en la isla, y, de la lista que obra en mi poder, no ha llegado ninguno todavía. Me asegura el marqués de Nizza que no ha sido enviado ningún socorro por el gobierno de Mesina y Siracusa.

«No obstante, yo lo quiero saber todo. Apenas se vaya, que será mañana por la mañana, haré indagaciones. Me dice que desea servir a mis órdenes. Le creo, desde el momento en que se conforma en pasar a otro barco. Veremos si se sujeta a nuestra disciplina. Ball tendrá la dirección del bloqueo después de mi partida. Digo *después de mi partida*, porque, al parecer, mi presencia será necesaria en Nápoles a principios de noviembre.

«Espero que así sea. Sin embargo, comprendo que mi deber me llama a Oriente, porque, aunque la flota francesa haya sido destruída en Egipto, no tengo la seguridad de que el ejército no vuelva algún día a Europa.

«Pero, ante todo, mi objeto es servir y salvar al reino de las Dos Sicilias, y proceder de conformidad con los deseos de sus reyes, aunque estuviesen en pugna con mi modo de pensar. Sobre este particular, cuento con hablar detenidamente con el general

Acton. Estoy seguro de que usted me hace justicia y que la Reina se convencerá de que mi única aspiración es merecer su beneplácito.

«Que Dios proteja a usted y a sir Guillermo y créame siempre su afectísimo y respetuoso amigo,

«HORACIO NELSON.»

Nadie encontrará en esta carta una sola palabra que no sea de un amigo, de un amigo tierno, pero que aun no ha traspasado los límites de la amistad.

Ciertamente, no me equivocaba yo, ni la Reina tampoco, al juzgar de la firme adhesión de Nelson por ella y su marido. Si Nelson volvía a Nápoles, era para verme; si no iba a Oriente, adonde le llamaba su deber, era para no alejarse de mí. Y sus conjeturas referentes al Oriente eran tan fundadas, que, si no se hubiese quedado en Nápoles, acaso, cuando el general Bonaparte se embarcó, el día 22 de agosto de 1799, para regresar a Francia, hubiera fracasado su propósito. Pero en 22 de agosto de 1799, Nelson estaba junto a mí, en Palermo, y dudo que me hubiese abandonado un solo día, ni siquiera con la certidumbre de apoderarse de Bonaparte.

LXXX

Algunos días después del recibimiento tributado a Nelson, el ciudadano Garat, so pretexto de haber sido nombrado miembro del Consejo de los Quinientos, se marchó de Nápoles con todo el personal de la embajada francesa. Pero, con gran admiración de todos, Francia, en vez de aprovechar esta ocasión para hacer la guerra a Nápoles, devoró la afrenta, y, en substitución del ciudadano Garat, envió al ciudadano Lacombe Saint-Michel.

Esa afectada indiferencia ante semejante insulto era una prueba de que Francia no se encontraba en condiciones para la guerra, con lo cual crecieron los atrevimientos de la Reina.

A fuerza de sacrificios de toda clase, el reino de Nápoles había podido reunir un ejército de sesenta y cinco mil hombres, al paso que todos los informes convenían en que los franceses no sumaban en Roma más de diez mil hombres, y se decía unánimemente que estaban faltos de víveres, de vestuario, de calzado; que sólo tenían, por toda artillería, nueve piezas sin municiones, y que, a lo más, sólo disponían de ciento ochenta mil cartuchos.

El Rey y la Reina coincidían en su odio a Francia; pero el Rey, para atacarlos, quería esperar a que el emperador iniciase la ofensiva, y el emperador, por su parte no quería tomarla sin disponer de los cuarenta mil rusos que le había prometido el czar Pablo.

La Reina, al contrario, quería atacar a los franceses sin pérdida de tiempo. Con sus sesenta y cinco mil hombres, estaba segura de reconquistar los Estados romanos, y, una vez Roma reconquistada, todos los pueblos de Italia, que, según ella, soportaban con violencia el yugo francés, se levantarían y arrojarían de la península al invasor.

En tales circunstancias, yo fui encargada por la Reina de una misión secreta cerca de Nelson, el cual opinaba también por la guerra inmediata. Se trataba de obtener de él que escribiese a sir Guillermo o a mí una supuesta carta confidencial que mi marido comunicaría al Rey.

Nelson, guerrero esforzado, era un político mediocre, y como escritor ni siquiera llegaba a la altura del político. Las cuarenta o cincuenta cartas que durante su vida me escribió, brillaban más por la sinceridad que por el estilo. Nelson accedió a escribir las cartas, pero a condición de que las redactásemos nosotros, que él se encargaría de copiarlas.

Eso era precisamente lo que la Reina deseaba y no se atrevía a pedir.

El borrador de la carta fué redactado entre el capitán general Acton, sir Guillermo y la Reina. Lo envié a Nelson, y al otro día recibí, dirigida a mí, la siguiente carta, que era simplemente una reproducción literal de la misiva redactada por el triunvirato que gobernaba a Nápoles.

«Nápoles, 3 de octubre de 1798.

»Mi querida señora:

»El interés que usted y sir Guillermo han mostrado siempre por el reino de las Dos Sicilias y por los soberanos que lo rigen, interés que vengo observando desde hace cinco años, me permite hablar, por mi parte, del que yo también siento por este país.

»En razón de ese afecto, no puedo ser espectador indiferente de lo que ha ocurrido y ocurre en el reino de las Dos Sicilias y ante los infortunios que preveo amenazan a este reino. Sin tener yo nada de político, he llegado a comprender que las Sicilias eran un pueblo leal y fiel a sus soberanos, y que odia profundamente a los franceses y sus principios. Desde que estoy en Nápoles, todo lo que observo me prueba que el pueblo napolitano ansía la guerra con Francia, que, según es público y notorio, está preparando un ejército de forajidos para entrar a saco estas comarcas y derribar la monarquía.

»Con esta convicción y sabiendo que Su Majestad Siciliana tiene un ejército preparado para entrar en campaña, me sorprende que ese contingente no se encuentre aún en marcha sobre Roma.

Creo que la llegada del general Mack decidirá al Gobierno a no perder el momento más favorable que la Providencia haya jamás puesto a su disposición; porque si se espera a que el reino sea invadido, en vez de tomar la iniciativa, invadiendo los Estados romanos, no es preciso ser profeta para decir que este reino será arruinado y derrocada su monarquía.

»Si el Rey persiste en este funesto sistema de contemporización, le aconsejo que esté preparado para embarcarse a la primera noticia desfavorable, con todo lo que posea de más valía; entonces será de cuenta mía el cuidar de su seguridad, como también de la seguridad de la Reina y de su familia.

»Mientras tanto, permítame usted decirle una vez más que soy su obediente y fiel servidor,

»HORACIO NELSON.»

Una frase de esta carta de Nelson habrá sido incomprendible para el lector. He olvidado decir que la Reina había pedido a su sobrino, el emperador de Austria, que le mandase al general Mack para ponerle al frente del ejército napolitano; petición que fué atendida por el emperador.

Esta carta produjo en Fernando el efecto que se esperaba. Sin embargo, contra su costumbre, se mantuvo firme en un punto; no entrar en campaña sino al mismo tiempo que el emperador.

En su virtud, pues, se convino en que el Rey escribiría a su sobrino una carta que le pondría entre la espada y la pared. Dicha carta, escrita de su puño y letra, fué llevada por Ferrari, que recibió encargo de entregarla al emperador en persona y de traer la contestación directamente al rey Fernando.

Pero, antes de su partida, Ferrari recibió mil ducados de la Reina, con orden de pasar, al regreso, por Caserta, y entregar a ella, y no al Rey, la respuesta.

Ferrari recibiría dos mil ducados más al entregar la carta a la Reina, que se limitaría a leerla, devolviéndola luego después al mensajero.

Era pagar con esplendor una pequeña traición, por lo que Ferrari se avino a ello. Por otra parte, sabía que de hecho era la Reina quien mandaba, y eso le tranquilizó respecto a los peligros que hubiese podido correr en el caso de descubrirse esa traición.

Ferrari partió. Se calculó el tiempo que emplearía en llenar su misión. Si

el emperador de Austria no retardaba la respuesta, sería cuestión de diez o doce días.

El general Mack llegó a Caserta el 8 de octubre; el jueves fué convidado a comer con el Rey y la Reina. Sir Guillermo y yo recibimos invitación oficial para ese día. Los reyes acogieron al general con las mayores demostraciones de simpatía y estimación, y la Reina dijo, al presentarle a Nelson:

—El general Mack es en tierra lo que nuestro héroe en el mar.

El cumplido no era halagador, y la comparación carecía de justicia. En Tolón, en Calvi, en Tenerife, sin obtener ventajas decisivas, Nelson se había cubierto de gloria; y en Aboukir demostró genio y heroísmo al mismo tiempo.

Mack, al contrario, siempre que se había medido con los franceses, había sido derrotado por ellos, y, con todo, tenía conquistada en Europa, sin haberse sabido jamás por qué, reputación de uno de los primeros estrategos de la época.

Por favorable que fuese el concepto en que los otros tuviesen a Mack, no podía compararse al que él tenía formado de sí mismo. Nunca he visto fatuidad más grande que la suya; ni por un momento admitía la suposición de que pudiese ser derrotado, ni siquiera de que los franceses fuesen capaces de resistirle.

Esta presunción me fué antipática a la primera palabra que tuve el honor de cambiar con el ilustre general...

El tiempo corría, y Ferrari galopaba. A los diez días de su partida, sir Guillermo propuso al Rey una partida de caza en Persano; y una vez se hubieron ausentado sir Guillermo y el Rey, nos marchamos a Caserta la Reina, el general Acton y yo.

Al otro día, sobre las tres de la tarde, llegó Ferrari, portador de la carta del emperador de Austria.

Francisco II decía al rey Fernando que no se pondría en marcha hasta que Souvorof y sus cuarenta mil rusos no hubiesen llegado, y no esperaba que llegasen antes del mes de abril de 1799.

Invitaba, pues, a su sobrino a calmar su impaciencia y hacer lo mismo que él. Atacados a la vez por ciento cincuenta mil austriacos, cuarenta mil rusos y quince mil napolitanos, era indudable que los franceses se verían obligados a salir de Italia.

Pero la Reina estaba demasiado impaciente para esperar, y el proyecto concluido entre ella y el general Actón, fué puesto en ejecución.

Hijo de un médico irlandés, Actón era un químico hábil; con una mixtura preparada de antemano, borró la tinta de la carta imperial, y, variando los términos de su contenido, escribió una promesa formal de ponerse en campaña tan pronto como Fernando hubiese pasado la frontera romana.

Con toda suerte de precauciones, encerróse nuevamente la carta en el sobre y se entregó a Ferrari, que la llevó a Persano y la puso en manos del Rey, asegurándole que él era el primero que la tocaba desde que la recibió de las augustas manos del emperador.

El Rey, que estaba a la mesa, en compañía de sir Guillermo, leyó la carta, y con visible satisfacción la pasó a éste.

Mi marido, conforme se sabe, formaba parte del complot; así que, no le sorprendió nada aquella favorable respuesta.

—Ya lo veis, señor—dijo—Su Majestad el emperador es del parecer de lord Nelson. Por lo tanto, no hay que perder un solo instante.

Y en efecto, se decidió que el general Mack invadiría los Estados romanos sin más tardanza que el tiempo necesario para los preparativos de la campaña.

Era a principios de noviembre.

## LXXXI

Aprobada la guerra por el rey Fernando, quedaba por resolver un punto más grave, y era obtener que él se pusiese a la cabeza de su ejército y dirigiese personalmente las operaciones.

Las negociaciones fueron largas; pero la Reina y sir Guillermo convinieron a Fernando de que se trataba, no solamente de combatir a los franceses y defender la legitimidad, sino también que, como libertador de los Estados romanos, le correspondería una parte en la división del patrimonio de San Pedro.

El Rey accedió al fin.

Como sólo se esperaba este consentimiento, el ejército fué dividido inmediatamente en tres cuerpos: 22.000 hombres fueron enviados a San Germán, 16.000 a los Abruzos, 8.000 a los muros de Gaeta, y se alistaron algunos barcos de transporte para conducir 10.000 combatientes a Toscana, escoltados por la escuadra de Nelson.

Estos 10.000 hombres estaban destinados a cortar la retirada de los franceses después de haber sido batidos por el general Marck.

Los tres cuerpos de ejército fueron puestos bajo el mando de tres extranjeros: Marck, general en jefe, Micheroux y Damas, generales de división; el primero, ya se sabe que era austriaco; los otros dos, franceses.

Cincuenta mil hombres estaban preparados para entrar en los Estados romanos.

Por otra parte, conforme opinaba el almirante Nelson, la ocasión de atacar a los franceses era bien elegida.

El Directorio, advertido por el ciudadano Garat de las intenciones hostiles de la corte de Nápoles, buscó todos los medios de hacer frente a esta

agresión; retiró del ejército de la república cisalpina todas las fuerzas que le fué posible, las envió a Roma y dió el mando a Championnet.

Championnet no había tenido hasta entonces sino mandos secundarios, por lo que era todavía poco apreciado y poco conocido. Su mando en Roma, su conquista de Nápoles, le hicieron célebre.

Se cuenta que en el momento de salir de Francia, cuando en recompensa de sus antiguos servicios se le nombraba para este nuevo cargo, el director Barras le puso la mano en el hombro, y díjole:

—Parte para Italia, general, y yo te doy mi palabra de que recibirás la misión de destronar al primer rey que provoque el enojo de la República.

Championnet salió de París y llegó a Roma con esta esperanza.

Pero en Roma encontró en deplorable estado al ejército francés, sin calzado, sin vestuario, sin municiones de boca y con sólo nueve cañones y 180.000 cartuchos.

Con el refuerzo recibido de la Cisalpina, ese ejército se elevaba a catorce o quince mil hombres.

El 22 de noviembre el Rey lanzó el famoso manifiesto firmado por el príncipe Pignatelli Belmonte y dirigido al caballero Priocca, ministro del rey del Piamonte Carlos Manuel II.

Como todos los actos emanados del Rey, este manifiesto había sido redactado por la Reina, el capitán general y sir Guillermo Hamilton.

Hoy, que han transcurrido diez años, que han desaparecido las prevenciones, que los odios se han extinguido, este documento me aparece bajo su verdadero carácter, esto es, como un llamamiento al asesinato; y, sin embargo, en Caserta, el 20 de noviembre de 1798, cuando el manifiesto pasó por mis ojos, aplaudí como los demás:

Lanzado el manifiesto, sólo faltaba entrar en campaña.

La Reina mandó confeccionar para su marido un magnífico uniforme de general, y nosotros visitamos los campamentos de Sessa y San Germano para que los soldados viesen al Rey.

Estos paseos militares, las aclamaciones que ellos provocaban, los gritos de: «¡Viva el Rey!» «¡Mueran los franceses!», acabaron por trastornar la cabeza al rey Fernando, que se separó de nosotros haciendo a la Reina toda clase de belicosas promesas.

En honor de la verdad, debo decir que, a pesar de tales promesas, la Reina no quedó muy convencida; y, con todo, por desfavorable que fuese el concepto que su marido le merecía, estaba lejos de sospechar la sorpresa que el porvenir le reservaba.

Volvimos a Caserta, y el Rey, al frente de su ejército, marchó hacia la frontera romana.

El 24, ese ejército desembocó en territorio pontificio por tres puntos distintos.

El ala derecha, avanzando por la costa del Adriático, pasó el Tronto, arrojó de Ascoli un pequeño destacamento francés apostado allí, y tomó la dirección de Ponte-di-Fermo.

El centro bajó los Apeninos por Aquila y avanzó sobre Rieti.

En fin, el ala izquierda, donde iban Mack y el Rey, pasó el Garellano, y marchó directamente sobre Roma por los pantanos Valmontone, Frascati y Pontinos.

El mismo día en que el ejército napolitano cruzaba la frontera de los Estados romanos, el general Championnet recibía del Directorio una orden que mermaba su contingente de fuerzas en tres mil hombres, los cuales se destinaban a reforzar la guarnición de Corfú.

Acaso, dado lo grave de la situación, hubiese podido desobedecer dicha orden. Pero Championnet la obedeció, y se desprendió de los tres mil hombres. Al mismo tiempo, tomó apresuradamente todas las medidas necesarias para afrontar el peligro que caía sobre él con la rapidez de un alud.

Diariamente recibíamos mensajes del Rey, los cuales nos ponían al corriente de su marcha triunfal.

El 30 de noviembre, por la noche, recibimos la noticia de que el Rey había hecho su entrada en Roma en medio de frenéticas aclamaciones. El pue-

blo lo había llevado casi en brazos hasta el palacio Farnesio.

La carta del Rey nos anunciaba que el general Championnet había salido de Roma, dejando quinientos hombres en el castillo de San Angel, con prohibición absoluta de rendirse bajo ningún pretexto, y prometiendo estar de regreso en Roma antes de veinte días.

Esta promesa divertía en gran manera al Rey y sobre todo al general Mack.

Fernando añadía en postdata que el pueblo asesinaba a los patriotas y saqueaba sus domicilios, y que, por orden suya, habían sido fusilados dos napolitanos, los hermanos Corona, uno de los cuales había sido ministro de la república romana.

Todo, pues, marchaba viento en popa.

Por lo cual, la Reina ordenó cantar un *Te Deum* en todas las iglesias de Nápoles, que los cañones disparasen y la ciudad se iluminase.

Estas órdenes fueron recibidas y cumplidas con entusiasmo; justo es decirlo así, en elogio de los napolitanos.

Se recordará que un ejército de ocho a diez mil hombres debía, al mando del general Naselli, partir para Liorna en buques de transporte.

El 22 de noviembre, en efecto, ese ejército salió del puerto de Nápoles, escoltado por el *Van-Guard*, buque insignia de Nelson, el *Culloden*, el *Mino-taure*, la *Alliance*, la *Bonne-Citoyenne* y el cutter *Flora*, y por los barcos de la escuadra portuguesa.

Barcos de guerra y transportes llegaron a Liorna en la tarde del 28 de noviembre. Los ministros ingleses y napolitanos visitaron inmediatamente al almirante. El general Naselli intimó a la ciudad, que se rindió a las ocho de la noche.

La intimación se hizo conjuntamente por el general Naselli y el vicealmirante Nelson.

Naselli tomó posesión de la ciudad, pero Nelson no salió del *Van-Guard*. Estaba demasiado enamorado para permanecer mucho tiempo separado de mí; así que, el 30 de noviembre aban-

donó las aguas de Liorna, y el 5 de diciembre estaba de nuevo en Nápoles.

El 6 por la mañana escribía una carta al capitán general Acton, en la que había el siguiente párrafo que el ministro se apresuró a hacernos leer. Nelson no veía las cosas bajo un aspecto tan risueño como el rey de Nápoles:

«He aquí en pocas palabras el estado del país y la situación de las cosas—decía.—El ejército del Rey está en Roma; Civita-Vecchia ha sido ocupada; pero quedan en el castillo de San Angel quinientos franceses. El general Championnet está al frente de 13.000 hombres, y espera a los napolitanos en una posición muy fuerte, en Civita-Castellana. El general Mack marcha a su encuentro con 20.000 hombres. El resultado, a mi ver, es dudoso, y por él se decidirá en seguida la suerte de Nápoles. Si Mack es derrotado, el país se pierde en menos de veinte días. El emperador no ha movido un solo hombre de su ejército, y sin la ayuda del emperador, este país no es capaz de resistir a los franceses. No ha sido su voluntad, sino las circunstancias, lo que ha obligado al rey de Nápoles a salir de su reino en busca de los franceses, que, en habiendo reorganizado sus fuerzas, lo arrojarán de Nápoles en una semana.»

Al mismo tiempo recibimos de Roma análogos avisos. El Rey nos anunciaba la marcha de Mack sobre Civita-Castellana, no con 20.000 hombres, sino con 40.000, y nos parecía imposible que semejante superioridad numérica no nos asegurase la victoria.

Por otra parte, el Rey estaba tan seguro del éxito, que su confianza era para nosotros motivo de tranquilidad. Sus cartas describían minuciosamente los agasajos que se le tributaban. Siempre que salía a la calle, caía sobre él una lluvia de flores; aquella misma noche se celebraba en el teatro Apolo una gran función de gala.

La carta que nos traía estas informaciones llevaba la fecha de 6 de diciembre. La mostramos a lord Nelson.

a quien hicimos observar que no eran 20.000 hombres, sino 40.000 los que Mack dirigía contra el enemigo.

Con todo, no se dió por convencido. La opinión que desde el primer día se había formado del general Mack, era bastante desfavorable.

Nos dejó a eso de las cinco de la tarde, y nos quedamos la Reina y yo con algunas damas que formaban nuestra sociedad habitual.

Entre siete y ocho, mientras tomábamos el té, oímos el rodar de un coche que pasaba bajo las bóvedas del palacio, y en seguida un gran ruido producido por los sirvientes que bajaban corriendo por la escalera.

La Reina se puso muy pálida. La miré interrogándola con los ojos.

—¡Ah!—me dijo,—tengo un presentimiento.

—¿Cuál, señora?—pregunté.

—¡Acaba de llegar el Rey!

—¿El Rey? ¡Imposible, señora! he mos recibido una carta suya esta mañana.

La puerta se abrió, y un ujier anunció:

—Su Excelencia el duque de Ascoli. El duque de Ascoli entró; la Reina y yo lanzamos un grito de sorpresa. Vestía el traje del Rey, y como era de la misma estatura y de la misma edad que él, y además la habitación estaba envuelta en una penumbra, la Reina y yo le tomamos al pronto por el Rey en persona.

Pero la Reina volvió muy presto de la sorpresa, y bajo aquel disfraz, su instinto conyugal le hizo adivinar algo vergonzoso.

Se levantó, y con tono severo preguntó al Duque:

—¿Qué significa esta mojiganga?

—¡Ay, señora! ¡nada de índole agradable!—respondió el Duque;—pero cuando menos es una prueba de mi adhesión al Rey.

—¿Al Rey? ¿Y dónde está el Rey?

—Aquí, señora.

La Reina me miró.

—¿Y dónde?—volvió a preguntar.

—En su aposento.

—¡Ah!... ¿y por lo visto, no se atreve a presentarse ante mí?

Luego, tras un momento de silencio:

—Los napolitanos han sido derrotados, ¿no es verdad?—añadió.

Y como el Duque vacilase en responder:

—Veamos—dijo la Reina—si el Rey es una mujer, yo soy un hombre; cuéntelo usted todo.

—Derrotados completamente, sí, señora.

—¡Bravo, Nelson!—dijo María Carolina volviéndose hacia mí.—Ya lo ves, su instinto no le engañaba. ¡Pero, si ese Mack es un verdadero idiota! ¿No es así?

—Nada puedo decir a Vuestra Majestad, sino que las tropas napolitanas han sido completamente derrotadas.

—¿Está usted cierto de la noticia?

—El Rey y yo la hemos recogido de los propios labios del general Mack.

—¿Del general Mack?

La Reina me cogió las manos y las estrechó coconvulsivamente.

—¡Es decir—murmuró—que he de apurar todas las afrentas!

—Pero, en fin, señor—pregunté al Duque, en tanto que la Reina desgarraba el pañuelo entre sus dientes,—¿no puede usted dar ningún detalle a Su Majestad?

—No puedo decir más de lo que sé.

—¡Dígalo, entonces—exclamó la Reina,—y termine de una vez! porque tengo afán de saber por qué lleva usted el traje y la cruz del Rey.

—Dígnese Vuestra Majestad escucharme con paciencia—dijo el duque de Ascoli haciendo una reverencia,—o de lo contrario me verá obligado a marcharme para ir a decirle al Rey que Vuestra Majestad no ha querido prestarme atención.

—¡Hable usted!

—Pues bien, señora; estábamos ayer en el palco de Su Majestad, en el teatro Apolo, cuando, sobre las nueve de la noche, se abrió repentinamente la puerta y vimos aparecer al general Mack, cubierto de lodo como hombre que acaba de atravesar por largos y fangosos caminos. «Señor—dijo,—aquí está un hombre que se halla en el desesperado caso de comunicarle la noti-

cia de que hemos sido derrotados en toda la línea y puestos en precipitada fuga; y la única esperanza de salvación para Su Majestad consiste en que parta inmediatamente para Nápoles. Viéndome libre de los cuidados que me impone el vigilar por su preciosa vida, procuraré rehacer el ejército y tomar un desquite.»

—¡Miserable orgulloso! —murmuró la Reina.

—Vuestra Majestad comprende —continuó el Duque,—el estupor del Rey ante semejante noticia. Miró silenciosamente a Mack, y, poniéndose súbitamente en pie, salió del palco. Por fortuna, en la sala no se había notado nada. Era necesario que nadie sospechase lo que ocurría: los jacobinos romanos, ansiosos de vengar las ejecuciones ordenadas por el Rey, no le perdían de vista, y podían, después de la derrota de Mack, intentar un golpe de mano contra Su Majestad. Antes que se hubiese podido advertir nuestra ausencia y que la noticia se hubiese divulgado, llegamos al palacio Farnesio. El Rey montó a caballo, con una docena de oficiales y algunos de sus más fieles servidores, entre los cuales se digna contarme. Salimos por la Puerta del Pueblo, y seguimos a lo largo de las murallas hasta la puerta de San Giovanni. Una vez allí, el Rey tomó el galope seguido de seis o siete hombres que le daban escolta, y a las once de la noche llegamos a Albano. El Rey preguntó si había dispuesto algún coche; no había más que un cabriolé. Mientras enganchaban los caballos, Su Majestad me llamó aparte, y me propuso cambiar mi traje por el suyo, cosa que yo hice al instante...

—¿Y por qué ese cambio de trajes? —preguntó la Reina.

—Lo ignoro, señora; pero, como una súplica de Su Majestad equivale a una orden, obedecí.

—Una orden, una orden —dijo la Reina;—pero, en fin, esa orden tenía un objeto.

El Duque se inclinó sin responder.

—¡Oh! quisiera saber lo que el Rey se proponía —dijo la Reina, golpeando el suelo con el pie.

—¿Desea Vuestra Majestad saber lo que me proponía, señora? —dijo el Rey presentándose de súbito y arrojándose sobre un sillón como si llegase de una cacería.—Me proponía, en el caso de ser hechos prisioneros por los jacobinos, evitar que me reconociesen, y esperaba que, confundiendo a uno por el otro, sería Ascoli, y no yo, el que colgarían.

La Reina levantó las manos al cielo.

—¡Oh! —murmuró.

—Pero —añadió el Rey, no comprendiendo la exclamación de Carolina,—es que esos jacobinos lo habrían hecho tal como lo decían.

—¿Y habríais dejado que ahorcasen a vuestro amigo? —preguntó la Reina.

—¡Ya lo creo! ¡y con mil amores!

—¿Y usted, Duque, se habría dejado ahorcar? —preguntó la Reina levantándose y adelantándose hacia Ascoli.

—El deber de un súbdito es sacrificar la vida por su señor —respondió con gran naturalidad el Duque.

—¡Ah! señor —exclamó la Reina, dirigiéndose a su marido,—sois muy feliz contando con tal amigo. Conservadlo bien, que si llegáis a perderle, no es probable que encontraréis otro semejante.

Y volviéndose hacia mí:

—Por lo demás —añadió,—no tengo para qué quejarme; porque estoy segura de que Emma haría por mí lo que el Duque estaba dispuesto a hacer por el Rey.

Echóme el brazo alrededor del cuello, y dijo:

—¡Ven, Emma! Viendo un cortesano como éste, el alma se deleita; ¡pero, en cambio, se entristece al ver semejante Rey!

## LXXXII

Al entrar en su aposento, la Reina tocó el timbre y dió orden de preparar el coche.

Como yo la mirase para adivinar su pensamiento:

—Ya comprenderás —me dijo,—que no quiero dejar nuestra seguridad a merced de ese egoísta que, para salvarse, quería sacrificar a su mejor amigo. Sería capaz de huir a Sicilia con su escopeta de caza y su jauría, sin preocuparse lo más mínimo de nosotros.

—¡Cómo, huir a Sicilia! ¿Por ventura cree Vuestra Majestad que el Rey piensa salir de Nápoles?

—¿Y qué quieres que haga? Dentro de quince días los franceses estarán aquí. Afortunadamente, nos queda Nelson. ¿En qué situación te encuentras con respecto a él? Espero que no le habrás puesto en trance desesperado.

—Nelson hará lo que nosotros dispongamos —respondí sonriendo.

—Está bien. Ya es demasiado tarde para mandarle decir esta noche que baje a tierra; pero mañana por la mañana, es preciso que conferencemos con él.

—¿Por qué es demasiado tarde ahora? Dos palabras más le harán venir a cualquier hora de la noche. Son las ocho; a las nueve y media podemos estar en Nápoles; a las diez, puede haber recibido mi aviso, y media hora después estará en palacio.

—Sea. Tú le recibirás y se lo contarás todo. Entretanto, yo platicaré con Actón. Comprenderás que es necesario de todo punto que Nelson nos pertenezca en cuerpo y alma. En ello va nada menos que la vida.

—¡Oh! Vuestra Majestad...

—Además, Nelson puede recibir de lord Saint-Vincent una orden que lo aleje de nosotros. En tal caso, es preciso que no la obedezca, ni aun en el supuesto de que la recibiese del propio Almirantazgo.

—Llegada la ocasión —contesté riendo,—Vuestra Majestad me dirá lo que debo hacer para que Nelson desobedezca: yo lo haré y él desobedecerá. Anunciaron que el coche estaba preparado.

—¡Ven! —dijo Carolina.

—¿Vuestra Majestad no pasa aviso al Rey?

—¿Para qué?

—¿Y si él llama al capitán general?

—Actón no vendrá sin antes haberme visto a mí. ¡Vamos!

Bajamos rápidamente sin prevenir a nadie. La Reina se cubrió con un manto de cachemir porque llovía copiosamente y hacía frío. Entramos en el coche, cerramos las ventanillas y el coche partió al galope.

Carolina estaba perezosamente recostada sobre los almohadones. Se habría creído que dormía. Frecuentes sacudidas nerviosas agitaban su cuerpo, y a ratos murmuraba, temblando, las palabras fatuo y cobarde, aplicadas a Mack y a su desgraciado marido.

—¡Oh, Nelson! ¡bravo, Nelson! —dijo de pronto.—El es nuestra única esperanza, Emma.

Le estreché la mano, diciendo:

—Esté Vuestra Majestad tranquila, señora; le respondo de él como de mí misma.

Hora y media después de nuestra salida de Caserta llegábamos al palacio real.

Antes de apearnos del coche, la Reina preguntó si el capitán general Actón se encontraba en palacio.

Por fortuna no había salido.

—Vayan a decirle que le espero en mis habitaciones —dijo la Reina.

Y subimos la escalera.

A cuantos se presentaron para ofrecerle sus respetos, hombres y mujeres, la Reina, apartándose de ellos, respondía:

—¡Gracias!

Entramos las dos solas en su aposento.

El ujier de servicio puso un candelabro encima de una mesa, y pidió órdenes a la Reina.

—No dejen entrar más que al señor Actón, a milord Nelson y a sir Guillermo Hamilton —respondió Carolina con acento claro y breve, que era en ella síntoma de estar vivamente irritada.

Con su propia mano colocó en la mesa recado de escribir.

—Escribe—me dijo.

Cogí la pluma y escribí velozmente estas palabras.

«¡Venga! la Reina y yo le esperamos en palacio, por un asunto importante.

»EMMA.»

—¿Qué le dices?—preguntó Carolina.

—Simplemente, que venga.

—¡Cómo! ¿eso no más?

—No es necesario decir más.

—¡Emma, Emma!—exclamó la Reina;—tú le dejarás escapar.

¿Soy o no soy su piloto?

—Sí, ciertamente; pero...

—Entonces, ruego a Vuestra Majestad que me deje hacer.

—Obra como te parezca.

Pero, al paso que daba su asentimiento, Carolina hizo un movimiento de hombros, indicando que, en mi lugar, habría ella procedido de diferente modo.

No me cuidé de ello.

—Ahora—le dije,—¿por quién va Vuestra Majestad a enviar esta carta?

—Eso incumbe a Acton. Por el puerto militar, en diez minutos llegará al *Van-Guard*.

En aquel momento entró Acton.

—Alguna desgracia, ¿no es eso, señora?—dijo adelantándose hacia la Reina con semblante que denotaba viva inquietud.

—Sí—respondió Carolina,—una gran desgracia. El general Mack ha sido derrotado, y el Rey ha llegado a Caserta hace dos horas, después de haber realizado prodigios de valor.

Al decir esto, rompió en una risa estridente y nerviosa, una risa que le era familiar en la ocasión de profunda irritación.

Y, como Acton la mirase con creciente asombro:

—Usted lo sabrá todo ahora mismo—dijo;—pero, por lo pronto, mande llevar este billete a Nelson. Es necesario que su portador pueda atravesar el puente militar sin obstáculo.

—Voy a la dársena—respondió el general—para despachar yo mismo la

barca que irá a buscar a milord, y al mismo tiempo, daré mis instrucciones al oficial.

El general se marchó.

—A lo menos, tiene la buena condición de ser obediente—dijo la Reina siguiéndole con los ojos.

—¿Por qué no le dispensa Vuestra Majestad el honor de llamarle *fiel*, señora?

—Porque es una palabra que no existe en el diccionario de los cortesanos.

—¿Y el duque de Ascoli?...

—Ese no es un cortesano; es el amigo del Rey. Cuando el Rey se siente dichoso, Ascoli le dice las verdades más amargas. No sigue tu sistema, adulatora, que nunca me dices ninguna.

—¿Es culpa mía el que, a Vuestra Majestad, sólo sea posible prodigarle alabanzas?

La Reina me abrazó, y se puso a pasear a lo largo de la habitación. De vez en cuando, iba a la azotea, y, a través de la obscuridad, dirigía la mirada a la flota inglesa, cuyos buques se distinguían a la luz de sus faroles.

—¡Oh, Nelson! tú eres nuestra única salvación—murmuraba siempre que miraba hacia aquella dirección.

En una de estas idas y venidas, se acercó a mí y me dijo:

—¿Concibes, puedes explicarte cómo cincuenta y dos mil hombres bien armados y equipados hayan podido dejarse vencer por diez mil o doce mil franceses, medio desnudos, hambrientos, descalzos y sin municiones? Ahora están provistos de todo, menos de zapatos, salvo que nuestros soldados no se hayan descalzado para correr más de prisa. ¡Oh! si yo fuese hombre, ¡con qué afán me lanzara en medio de aquellos cobardes oficiales y les hubiese arrancado las charreteras! Momentos hay en que me dan ganas de montar a caballo, como mi madre María Teresa, para humillar a ese Rey holgazán.

En esto llegó Acton.

—Aquí estoy, señora—dijo.—La carta ha sido enviada a su destinatario, y si milord Nelson pone al servicio de

Vuestra Majestad una sola mitad de la

diligencia que yo pondría, antes de quince minutos le tendremos entre nosotros... Ahora, ¿quiere Vuestra Majestad decirme de qué se trata?

La Reina condujo a Acton a la pieza inmediata. Quería dejarme a solas con Nelson; acaso también ella tenía que dar esas secretas y terribles órdenes que frecuentemente yo no conocía hasta después de cumplidas.

En efecto, supe más tarde que entre la Reina y el capitán general se había tratado del mensajero Ferrari. Se temía que Ferrari descubriese el delicado asunto de la carta y que Fernando llegase a saber la verdad de lo ocurrido, o sea que había sido falseado el contenido de dicha carta en que el emperador Francisco escribía a su tío el rey Fernando que no se moviese antes del mes de abril o mayo, época en que habría llegado el refuerzo de los rusos.

Durante el rato que estuve sola esperando a Nelson, fué probablemente cuando se resolvió la muerte de Ferrari.

Pasados unos quince minutos de espera, el ujier anunció a lord Nelson.

Al verle, le eché mis brazos al cuello, diciéndole:

—¡Querido Nelson, nuestra única esperanza está en usted!

Me estrechó contra su pecho, que palpita con violencia; apoyó sus labios temblorosos en mis ojos, y luego me apartó suavemente mirándome con arrobamiento.

—Sepamos qué ocurre—me dijo.—Habla usted con un hombre que daría su vida por la Reina y...

Se detuvo.

—Y su honor por usted—añadió.

—¡Oh, querido Nelson!—exclamé.

Le cogí la mano y quise besarla.

En el movimiento que hizo para retirarla, inclinó la cabeza, yo levanté la mía, y nuestros labios se encontraron.

—¡Oh!—gritó Nelson, retrocediendo algunos pasos,—usted me volverá loco.

Le tendí la mano.

—¡Qué importa—dije,—si le curo!

Dirigió una mirada en torno suyo para ver si estábamos solos. Comprendí la intención de aquella mirada, y con una sonrisa, le dije:

—La Reina y el capitán general están allí, en esa habitación.

Lanzó un suspiro, se acercó a mí, pasó su brazo alrededor de mi cintura, y me hizo sentar a su lado.

—Usted acaba de escribirme unas líneas diciéndome que quiere pedirme un servicio—me dijo.—Soy un egoísta, por no haber preguntado desde un principio en qué podía serle útil. Reparo mi falta. Hablaremos después de mi locura.

—Cuando usted quiera—respondí con una mirada llena de promesas,—y si usted tarda demasiado, yo tomaré la iniciativa.

—¡Cuidado!—me dijo,—usted es Penélope, y yo no soy Ulises.

Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—¡Veamos!—añadió;—Mack ha sido derrotado, ¿no es verdad? El ejército está disperso. ¿Han recibido ustedes un correo del Rey?

—Más aún; el Rey en persona ha llegado a Caserta, hace tres horas. Todo se ha perdido. Dentro de quince días los franceses estarán aquí. La Reina quiere huir a Sicilia, y cuenta con usted para hacer el viaje.

—¿Va usted?—preguntó Nelson.

—Yo no dejo a la Reina.

—Y yo no la dejo a usted.

—¿Contra toda orden que pudiese recibir?

—¡Aunque tuviese que rasgar mis cartas sin abrirlas!

—¡Nelson!—exclamé.

Y extendí los brazos hacia él.

Nelson se arrojó sobre mi pecho.

—¡Tenga usted piedad de mí!—murmuró.

—Nelson—repliqué,—no es por piedad por lo que le digo que le amo; es por gratitud, es... ¡por amor!

Loco de pasión, se arrodilló a mis pies, besándome las manos y profiriendo gritos ahogados, gritos que tanto parecían de dolor como de alegría.